

Virgen, de quien se cuentan tantas maravillas, si es verdad que tan gran favor tenéis con Dios, y que no rechaza ninguna de vuestras peticiones; si es cierto que no hay salvación sinó en la fe de los cristianos, y que la incredulidad es un deplorable error que conduce á una eternidad de desesperación, haced que luzca de nuevo en mi espíritu un rayo de esa fe divina, desde tanto tiempo extinguida en mi espíritu, para que me haga volver á encontrar el camino fuera del cual no hay sinó precipicios y perdición; con esta señal reconoceré que me habéis escuchado y vuelto de mis extravíos, y no olvidaré jamás que os debo el mayor de los beneficios. ¡Oh impío! Ensayá: y por débil que sea el ruego, me atrevo á garantizarte que si la sinceridad le acompaña, no será inútil; y tal vez seas del número de aquellos dichosos incrédulos que, movidos por una gracia victoriosa, retirados, como por milagro, del caos de todos los errores, pasan desde las sombras de la muerte á las regiones de la luz y de la vida.

Así es como esta bienaventurada Virgen nos asiste en todas las necesidades de nuestras almas. ¿Pero se digna también la Reina del Cielo tomar parte en nuestros intereses terrenales y perecederos? ¡Ah! Ella es Madre, y nada de lo que concierne á sus hijos le es extraño. Su solicitud imitando á la del Padre Celestial, se extiende á todas nuestras necesidades para socorrerlas, á todos nuestros peligros para desviarlos, á todos nuestros males para dulcificarlos, á nuestros negocios y á todas nuestras empresas legítimas para favorecer su éxito, tanto como lo exige ó lo permite nuestro verdadero bien. ¿Entraré aquí en un largo detalle de hechos para probar lo que aseguro? Leed, H. M., leed las historias de los tiempos pasados y los anales de la Iglesia, y por todas partes veréis calamidades detenidas y tempestades calmadas, enfermedades curadas, muertos resucitados, ejércitos enemigos vencidos, ciudades é imperios salvados por medio de la protección de María. Recorred esta gran capital y las provincias de esta nación; mirad esa multitud de templos y de santuarios consagrados á su nombre en las ciudades y en las aldeas, en las playas de nuestros mares y en los escollos que las rodean, en el fondo de los valles como en la cima de las montañas; preguntad el motivo por que fueron contruidos, y sabréis que cada uno de ellos es un monumento de algún señalado favor obtenido por intercesión de María, de algún admirable prodigio obrado por su poder. Nombradme esas fiestas tan numerosas instituidas en su honor, que llenan todo el curso del año, y donde es invocada bajo tantas denominaciones diversas, como dispensadora de la victoria, como árbitra de la paz, Reina de la misericordia, recurso seguro de todas nuestras necesidades; y yo os manifestaré que ellas son otros tantos testimonios solemnes del reconocimiento del mundo católico por la cristiandad tantas veces salvada milagrosamente de la inundación de los Bárbaros, de la opresión de los musulmanes, de los cismas de las facciones, de las guerras intestinas que la desolaban, ó de otros males extremos que amenazaban destruirla.

DE VARIOS.

DISCURSO

PARA EL DÍA 20 DE MAYO.

CARACTERES DE LA DEVOCIÓN Á LA SANTÍSIMA VIRGEN.

PLAN.

PRIMERA CUESTIÓN.—¿En qué consiste la devoción á la Santísima Virgen?

SEGUNDA CUESTIÓN.—¿Por qué se nos recomienda tanto la devoción á la Santísima Virgen?... Esta devoción, ¿es necesaria para salvarnos?

TERCERA CUESTIÓN.—¿Por dónde sabemos nosotros que la Santísima Virgen disfruta de un favor tan grande cerca de Dios?

CUARTA CUESTIÓN.—¿Es antigua esta devoción?

QUINTA CUESTIÓN.—¿No es una devoción supersticiosa y buena simplemente para el pueblo?

SEXTA CUESTIÓN.—¿Qué me prometo de esta devoción, y qué debo hacer para practicarla?

PRIMERA CUESTIÓN.

¿EN QUÉ CONSISTE LA DEVOCIÓN Á LA SANTÍSIMA VIRGEN?

RESPUESTA.

LA devoción á la Santísima Virgen consiste en las mismas prácticas de piedad que constituyen la devoción á los otros Santos. Y como la devoción á todos los demás Santos consiste en invocarles, en honrarles y en imitarles, así también en invocar, en honrar y en imitar á la Santísima Virgen, es en lo que consiste la devoción que la profesamos.

1.º *Invocación.* Digo en primer lugar que debemos invocarla; sobre lo cual tenemos que hacer tres observaciones. Es la primera, que no la invocamos como fuente de las gracias, sinó únicamente como conducto por donde llegan á nosotros. No es, pues, la autoridad del poder, sinó el favor con el poder lo que reconocemos en ella. No

es María, en efecto, quien concede las gracias y quien las da de sus propios tesoros, sinó quien las obtiene. La segunda observación que tenemos que hacer es que ella escucha nuestros ruegos y Dios la hace conocer nuestras necesidades. Porque desde que la Iglesia ha decidido que podamos invocar á los Santos, ha decidido por el mismo hecho que ellos escuchen nuestras oraciones; de otra manera sería inútil invocarlos. Y si los Santos tienen conocimiento de los deseos y de los ruegos que les dirigimos, ¿con cuánta más razón no debemos decir lo mismo de la que es Reina de los Angeles y de los Santos? La tercera, que la Santísima Virgen se halla muy inclinada á escuchar nuestras súplicas y hacerlas escuchar. Se halla constituida por Dios como Madre y Soberana de todos los elegidos; á María es á quien aplica la Iglesia aquellas palabras: «El que me ha criado y ha descansado en mi seno, me ha dicho: arráigate entre mis escogidos. *Qui creavit me, requievit in tabernaculo meo, et dixit mihi... In electis meis mitte radices.* (Eccli. xxiv, 13). A ella es también á quien la Iglesia aplica aquella consoladora respuesta: «Yo he echado raíces en medio de un pueblo honrado de Dios, hasta haberme convertido en su herencia.» *Radicavi in populo honorificato, et in parte Dei mei hæreditas illius.* (Ibid., xvi). Tanto, que algunos Santos Padres se han manifestado persuadidos de que, cuando Jesucristo dijo desde la Cruz á San Juan: *Ve ahí á tu Madre* (Joan. xix, 26); y á María: *Ve ahí á tu Hijo* (Ibid.), pretendió consignar que en la persona de San Juan daba á María como hijos suyos á todos los elegidos.

2.º *Veneración.* Digo también que debemos honrarla, y tenemos dos cosas que advertir relativamente á la veneración, al honor y al culto que la tributamos. Una, que este honor no se detiene en ella, sinó que se refiere todo á Dios; así que no es á ella á quien ofrecemos nuestros sacrificios y nuestro incienso, sinó á Dios solo en su honor; el culto que damos á María, no es un culto absoluto que termina en ella, sinó un culto relativo que se dirige á Dios. La otra, que como este culto se dirige todo á Dios, lejos de que Dios se considere celoso ni ofendido, se considera, por el contrario, honrado. Así que San Agustín decía que, por honor del Hijo, es por lo que honramos á la Madre: *Propter honorem Domini.*

3.º *Imitación.* Digo, en fin, que debemos imitarla. Y áun debe ser el objeto principal de nuestra devoción el imitarla en sus virtudes hasta donde nos sea posible. Nuestra devoción sería falsa é ilusoria si pretendiéramos limitarnos á invocarla y á honrarla. Si todo lo podemos por ella, ella no puede nada sin nosotros.

SEGUNDA CUESTIÓN.

¿POR QUÉ SE NOS RECOMIENDA TANTO LA DEVOCIÓN Á LA SANTÍSIMA VIRGEN?... ESTA DEVOCIÓN, ¿ES NECESARIA PARA SALVARNOS?

RESPUESTA.

Es cierto que en sí basta recurrir inmediatamente á Dios, y que El no necesita más que de Sí solo para salvarnos; pero merecemos tan poco de El, y por nuestra mala vida tenemos algunas veces tan poco crédito con Dios, que habemos gran necesidad de ser auxiliados cerca de El. Pues este socorro es lo que pedimos á la Santísima Virgen. Los Angeles y los Santos pueden ayudarnos mucho, y es muy bueno recurrir á su poderosa intercesión; pero siendo el crédito de la Santísima Virgen más grande por sí solo que el de todos los Santos y de todos los Angeles reunidos, síguese que la devoción que se tributa á ella es también incomparablemente más útil y más saludable.

Si, pues, me preguntáis si la devoción á la Santísima Virgen es necesaria para salvarnos, absolutamente hablando contestaré que nó; pero que en cierto sentido viene á ser como necesaria para algunos. Me explicaré. Absolutamente hablando, todos pueden salvarse dirigiéndose únicamente á Dios; pero no por eso deja de ser una verdad, que muchos no se salvarían si no se dirigieran á la Santísima Virgen para suplicarla que los apoyase con su crédito cerca de Dios. Al insistir, pues, tenazmente en todas nuestras misiones, respecto de la tierra y constante devoción hacia la Santísima Virgen, lo hago porque sé lo que nos enseña la Religión respecto de su gran poder para con Dios y de la gran necesidad que de él tenemos.

TERCERA CUESTIÓN.

¿POR DÓNDE SABEMOS NOSOTROS QUE LA SANTÍSIMA VIRGEN TIENE UN FAVOR TAN GRANDE CERCA DE DIOS?

RESPUESTA.

Por tres puntos distintos: porque nada hay que se halle más sólidamente fundado, ni más universalmente reconocido, ni más auténticamente averiguado. Se halla fundado en la más noble de las prerrogativas; se halla reconocido por los testigos más ilustres; se halla averiguado por los milagros más grandes.

El gran crédito de María se halla fundado en su maternidad divina. Desde que Dios quiso elegirla para hacerla Madre suya, puede decirse, sin temor de equivocación, que de todas las puras criaturas es la que Dios ama más, y á la que más ha elevado. Y si de todas las puras criaturas María es aquella en favor de la cual ha tenido Dios más amor, es evidente también que de todas las puras criaturas es la que goza más crédito y poder cerca de Dios.

Así que no hay crédito más universalmente reconocido que el suyo. En todas las regiones de la tierra se ve implorado el auxilio de María por todos los verdaderos fieles. ¿Qué no han hecho los Papas para hacernos formar la más alta idea de su poder cerca de Dios? Apenas hay un solo mes en el año en que no hayan consagrado alguna fiesta en su honor. Apenas hay un solo templo que no tenga algún altar bajo su advocación. Todos los días, por tres veces, se avisa á los cristianos por el sonido de las campanas para que recurran á su poderosa intercesión. ¿Qué no han hecho los emperadores y los reyes para ensalzar su poder cerca de Dios? ¡Cuántas iglesias han construído, cuántos monasterios han fundado en su honor! ¿Con cuántos tesoros no han adornado sus altares? Algunos han puesto hasta sus mismos reinos bajo su poderosa protección. En cuanto á los pueblos católicos de todos los tiempos y de todas las naciones de la tierra, ¿con qué multitud de brillantes testimonios no han reconocido el poder de María cerca de Dios? Recorred, si podéis, todas las diferentes asociaciones que han erigido á su gloria. ¿Quién podrá enumerar todos los votos y presentes que van todos los días á suspenderse ante esas imágenes? La devoción á María es la devoción de todos los verdaderos fieles.

Lo que ha acreditado tan poderosamente su poder en la opinión de todos los verdaderos católicos de todas las naciones del mundo, es el prodigioso número de milagros que obra Dios todos los días por su poderosa intercesión. Su crédito, en efecto, es tan grande cerca de su Hijo adorable, que á su petición obró el primero de los milagros durante su vida mortal, á pesar de que el tiempo de ellos no había llegado aún. Cuando, pues, á petición de su Madre cambió Jesucristo el agua en vino en las bodas de Caná, no sólo cambió el orden de la naturaleza al obrar tan gran prodigio, sino que en el mismo hecho cambió también el orden de su Providencia, haciendo aquel mismo prodigio antes de que la hora de los milagros fuese llegada. ¡Cuántos enfermos reconocen y declaran todos los días haber recibido la salud y la vida por su intercesión! ¡Cuántos pecadores inveterados en el crimen se reconocen deudores de su enmienda á su poderosa protección! Dirigirse á ella con una fe viva y animada, con una confianza entera en sus bondades, con un deseo sincero de vivir mejor y ser escuchado, no es sinó una misma cosa.

CUARTA CUESTIÓN.

¿LA DEVOCIÓN Á LA SANTÍSIMA VIRGEN ES ANTIGUA Ó ES NUEVA EN LA IGLESIA?

RESPUESTA.

Es tan antigua como los Apóstoles; testigo lo que San Dionisio Areopagita refiere de ellos, y lo que dice haber visto con sus propios ojos. En el momento, dice, que la Santísima Virgen dió el último suspiro, los Apóstoles, á quienes había reunido Dios milagrosamente para asistir á su muerte, rodearon su sagrado cuerpo y se pusieron á cantar himnos en su honor. Tan luego como éstos cesaban en sus cánticos de alabanza, los Angeles entonaban los suyos, durando tres días y tres noches seguidos al rededor de su tumba sin interrupción esta alternativa de voces celestiales y de voces humanas. No olvidéis que el Santo que refiere este hecho y cuyo nombre he citado ya, declara haberlo presenciado por sí mismo.

Desde luego, después de los Apóstoles, los Padres de la Iglesia la han tributado todos los mismos honores. Por una tradición constante, hemos sabido que, desde los primeros siglos del Cristianismo, sus más firmes apoyos no han tenido dificultad en dar á María, no por naturaleza sinó por gracia, los gloriosos títulos de Corredentora del género humano, de Mediadora entre Jesucristo y los hombres, de Dispensadora de todas las gracias.

¿Qué cosa más memorable que el espectáculo que en el siglo V de la Iglesia tuvo lugar en Efeso en favor de la Santísima Virgen? Cuestionábase acerca de su maternidad divina, que había atacado el heresiarca Nestorio. Cerca de doscientos Obispos se habían reunido ya en concilio para anatematizar sus errores, y al primer rumor que se divulgara, millares de fieles habían acudido á Efeso de todas las partes del Oriente, impacientes por saber cuál sería su decisión. Mas como la última sesión duró desde por la mañana hasta bien avanzada la noche, se vieron legiones de hombres y de mujeres que concurrían de todos los puntos de la ciudad al templo de María, donde se habían reunido los Obispos, rodearle por todos lados, y pedir con lágrimas que sus enemigos fuesen confundidos. Para satisfacer su ansiedad, el Secretario del Concilio escribió en una hoja de papel estas cortas palabras: *¡Ha triunfado María!* y echó el papel por la ventana.

A vista de este escrito, que en el momento mismo corre de boca en boca, prorúmpese en toda la iglesia en un grito universal que hiende los aires, rasga las nubes y penetra en los cielos; y no se escucha por todas partes más que este canto de triunfo: «¡Viva la Ma-

dre de Dios, viva la Madre de Dios!» En el instante mismo circula la noticia por toda la ciudad, se tapizan todas las calles, se iluminan todas las casas y se cubre de yerbas aromáticas el camino por donde han de pasar los Padres del Concilio. Luego que se presentan, son saludados por mil y mil voces de gozo y de alegría, se les conduce en triunfo al són de toda clase de instrumentos, y se les acompaña en medio de las mayores aclamaciones: la guardia pública los escolta con todos los honores debidos á la asamblea más augusta del Universo; los hombres les preceden con antorchas encendidas en la mano; las mujeres vierten desde sus ventanas canastillas de flores en sus cabezas; los niños las recogen de nuevo y vuelven á colocarlas delante de sus piés; cien jóvenes doncellas llevan consigo y queman perfumes delante de ellos; cada edad y cada estado trata de manifestar su alegría y su reconocimiento. Unos se arrodillan en su presencia é imploran su bendición; otros besan hasta las huellas de sus pisadas. Todos hacen mil elogios de su decisión, y en todo el resto de la noche se repiten por todas partes estas consoladoras palabras: «¡Viva la Madre de Dios! ¡Viva la Madre de Dios!»

QUINTA CUESTIÓN.

¿NO ES UNA DEVOCIÓN SUPERSTICIOSA Y BUENA SIMPLEMENTE PARA EL PUEBLO?

RESPUESTA.

La devoción á María ha sido en todos los siglos del Cristianismo la devoción de los genios más grandes de la Religión; la devoción de todos los Santos Padres; la devoción de los Emperadores y de los Reyes, de las Reinas y de todo lo más elevado que hay en el mundo. Es verdad que en las asociaciones que se han instituído en su honor, el simple pueblo forma hoy el gran número de los que las componen; pero aparte de que no se dejan hoy tampoco de ver personas de todos los sexos y de todas las categorías que se glorían de agregarse á ellas, hay que convenir también en que si en el gran mundo hay menos interés en entrar en esta clase de asociaciones, consiste en que todo tiende en ellas á la reforma de costumbres, á la frecuencia de Sacramentos y á la práctica de todas las virtudes; y que el gran mundo halla ordinariamente más dificultad que el pueblo común en salir de los desórdenes.

Por lo demás, es tanto más injusto el atacar la devoción popular, las oraciones que se dirigen á María, cuanto que, por el contrario, nada hay más noble que la más común y aún la más ordinaria de esas mismas oraciones. Cuando yo dirijo á la Santísima Virgen estas

palabras: «Ave María,» equivale á decirle: «Yo os felicito y me regocijo de que, entre todas las puras criaturas, Vos hayáis sido desde toda la eternidad graciosamente elegida por Dios para la más alta dignidad á que pueda llegar ninguna de ellas; os felicito y me regocijo de que en el momento de vuestra immaculada Concepción hayáis sido concebida sin la mancha del pecado original, dotada de las luces de la razón, llena de gracia, y de que desde el primer instante de vuestro sér hayáis crecido por instantes en méritos hasta vuestra muerte.» Cuando yo digo *Ave*, digo: «Yo os felicito y me regocijo de que hayáis creído en las palabras del Angel, concebido por obra del Espíritu Santo, llevado nueve meses en vuestro casto seno, y amantado á vuestro propio Dios en la persona adorable de vuestro Hijo; yo os felicito y me regocijo de que entre todas las mujeres Vos seáis la única que sea Virgen y Madre á un mismo tiempo; de que un cuerpo tan puro como el vuestro haya sido preservado después de vuestra muerte de la corrupción del sepulcro; de que haya sido elevado con Vos sobre todos los coros de los Angeles; de que hayáis sido constituída en Reina de los Cielos, en dispensadora de todas las gracias; de que gocéis tanto favor y tanto poder cerca de Dios, cuyo favor imploro para mí mismo.» Cuando digo *Ave*, digo: «Yo os felicito y me regocijo de que el Señor sea contigo, pero de que lo sea, no de la manera que lo es con todas las criaturas por su concurso; no solamente como lo es con los pobres por su providencia; no solamente como lo es con los pecadores por su gracia actual; no solamente como lo es con los justos por su gracia santificante; no solamente como lo es con la Iglesia por su asistencia; no solamente como lo es con los bienaventurados por su magnificencia; no solamente como lo es con los que le reciben dentro de sí mismos en la Comunión por su presencia real y corporal, sinó porque está en Vos por su incorporación con Vos, y no formando más que una sola sangre con la vuestra.» Cuando digo *Ave*, en esta sola palabra comprendo todos los privilegios de gracia y todas las prerogativas de gloria concedidas á María. Cuando lo repito tan á menudo, imito á los Angeles y á los Santos que en la gloria dicen incesantemente á Dios: ¡Santo, Santo, Santo! Y cuando trato de establecer en vosotros esta devoción, doy á los Angeles y á los hombres un espectáculo digno de Dios. Juzgad ahora si tal devoción debe ser llamada simplemente devoción popular.

¿Hay mejor fundamento para decir que esta devoción es supersticiosa ó abusiva? Sería supersticiosa, si se atribuyeran á María honores divinos; sería abusiva, si para salvarse se creyera haberlo hecho todo con sólo invocarla. Pero, como ya he dicho, nuestro culto no se detiene en María; se dirige á Dios, y nosotros tenemos gran cuidado de advertir á todos los devotos de la Virgen que, para que obren su salvación, María misma les dice hoy, como lo hizo en las bodas de Caná: Haced todo lo que mi Hijo os mande: *Quodcumque dixerit vobis, facite.* (JOAN., II, 5). No importa que se hayan introducido abusos en el culto de María, porque ¿dónde no se introducen?

La Iglesia ha condenado siempre esos abusos y los ha disminuido. Lo que es digno de observarse es que la devoción á la Virgen no ha sido atacada jamás sinó por los herejes, por los libertinos, ó por cristianos débiles y poco cuidadosos de su salvación.

SEXTA CUESTIÓN.

¿QUÉ ME PROMETO DE SEMEJANTE DEVOCIÓN, Y QUÉ DEBO HACER PARA PRACTICARLA ÚTILMENTE?

RESPUESTA.

Debéis esperar de ella una poderosa protección de la Madre de Dios, contra todos los accidentes más molestos de la vida y contra todos los peligros de una mala muerte. Son tan frecuentes los ejemplos, y algunas veces tan públicos y tan claros, que no hay lugar para dudar. Mas para que tal esperanza sea legítimamente fundada, debéis vivir de una manera cristiana, y en vuestros recursos á la Virgen, éso es lo que principalmente debéis tener á la vista para obtener por su mediación la gracia de seguir una vida regular. Para interesarla en el negocio de vuestra salvación, debéis recurrir á ella como á una buena Madre, invocarla principalmente en vuestras necesidades, entrar en las asociaciones que le están más especialmente dedicadas, estar unidos con ella en el fondo de vuestro corazón, ensalzar su culto, sostener contra los impíos los intereses de su gloria, tener á honra el pertenecerla, recitar regularmente todos los días alguna de las oraciones que le ha consagrado la Iglesia, y celebrar sus festividades con la recepción de los Sacramentos. A este precio, esperadlo todo de su gran poder cerca de Dios.

Sin salir del momento presente, ¿qué cosa más augusta y al mismo tiempo más saludable para vosotros que lo que pasa actualmente en el Cielo? Para formaros de ello alguna idea, representaos lo que pasó en otro tiempo cuando el impío Amán juró y concertó la perdición del pueblo de Dios. Para garantizar á los judíos de las últimas desgracias que les amenazaban, Mardoqueo recurrió á la reina Ester, y la pidió que los protegiera con todo su favor cerca del rey. La reina fué á arrojarse á los pies del rey Asuero, le pidió gracia para su pueblo: *Dona mihi populum meum* (ESTHER., VII, 3), y no solamente fué salvado todo el pueblo por sus ruegos, sinó que el enemigo jurado de su pueblo fué condenado á muerte y pereció en su lugar.

Mirad, repito otra vez, lo que pasa actualmente sobre nuestras cabezas. Cuando comenzamos esta misión, ¿cuántos había entre nosotros cuya perdición parecía como asegurada? Compadecidos de su desgracia, nos hemos dirigido á la Reina de los Cielos, la hemos ma-

nifestado vuestros peligros, y nada hemos omitido para interesarla cerca de Dios en vuestro favor. Moviada de vuestras necesidades y de vuestra desgracia, de nuestros suspiros y de nuestras lágrimas, de nuestros ruegos y de nuestros gemidos, no me permite dudar de que haya llegado á escucharnos.

En esta viva persuasión, me figuro que ella se levanta de su trono para ir á pedir gracia; que en el momento en que desciende, todo el Cielo se conmueve; que todos los coros de los Angeles la rodean; que todos los Santos de la Corte Celestial la siguen hasta el altar; que á su ejemplo todos dejan sus coronas á la puerta del tabernáculo, y que prosternados todos á los pies del Cordero, su augusta Madre le dice: «Hijo mío, mi querido Hijo, hay un número considerable de los que yo adopté, que por sus crímenes se habían hecho indignos de vuestra amistad. Según la línea de conducta que la mayor parte seguían, su perdición era casi cierta; pero por vuestra misericordia han reconocido sus extravíos y recurrido á mí para alcanzar gracia; volvedme, pues, mi propio pueblo llamándole á Vos: *Dona mihi populum meum*. Se les ha dicho que yo tenía toda clase de ascendiente cerca de Vos. Entre ellos unos son buenos, perpetuadlos en la virtud; hay otros vacilantes, confirmadlos en sus buenas resoluciones; otros débiles, fortificad su debilidad; hay otros malos, convertidlos. Volvédmelos todos, porque yo no os los pido sinó para devolverlos todos á Vos mismo: *Dona mihi populum meum*.»

Gran Dios, ¡qué espectáculo tan sorprendente! ¡Virgen Santa, recibid por ello nuestra justa y eterna gratitud! ¡Regocíjense el Cielo y la tierra de vuestra gloria! ¡Estremézcase el infierno! Caigamos nosotros mismos en un perpetuo olvido si llegamos alguna vez á olvidar vuestras bondades; séquese mil veces nuestra lengua, antes de que renunciemos á cantar eternamente vuestras alabanzas. *Así sea.*

LAFITEAU.